

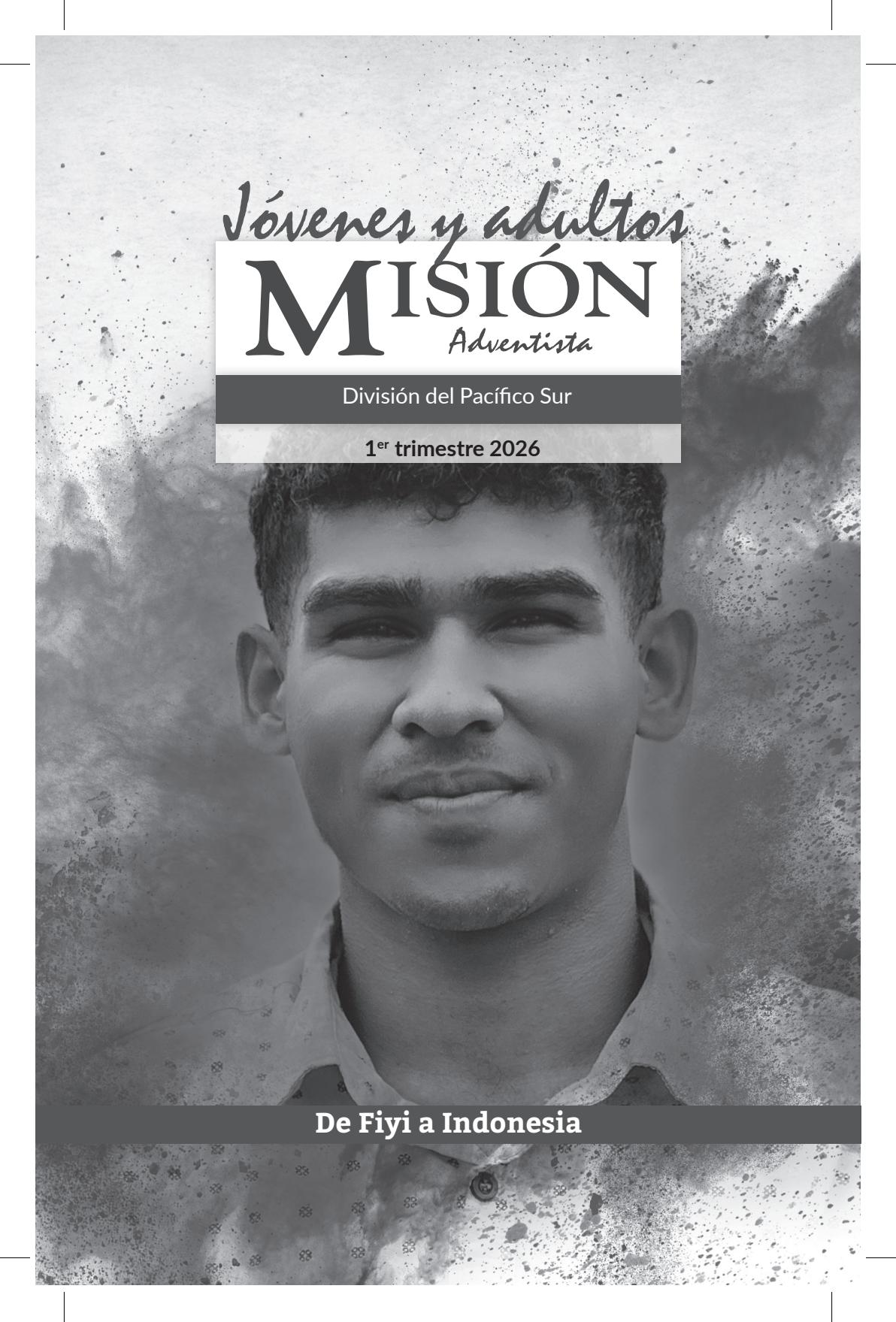
Jóvenes y adultos

MISIÓN

Adventista

División del Pacífico Sur

1^{er} trimestre 2026



De Fiyi a Indonesia

Contenido

Nueva Caledonia

5	Mi nueva vida.....	3 de enero
7	El Dios de mi abuelo.....	10 de enero
9	El punto de inflexión	17 de enero

Vanuatu

11	Yo no soy un fracasado.....	24 de enero
----	-----------------------------	-------------

Fiyi, Samoa y Salomón

13	Una vida de servicio a Dios.....	31 de enero
15	Dios nunca se rindió conmigo.....	7 de febrero
17	Llamado por medio del dolor	14 de febrero
19	Un "hogar" en el que se adora a Dios.....	21 de febrero
21	De Fiyi a Indonesia	28 de febrero
23	Esperanza recuperada.....	7 de marzo

Papúa Nueva Guinea

25	Llevar el evangelio a la selva.....	14 de marzo
27	Predicadores de la calle	21 de marzo
29	El hombre con una sola pierna.....	28 de marzo

Oportunidades

Parte de las ofrendas de este trimestre ayudarán a financiar cuatro proyectos de la División del Pacífico Sur:

- Un centro de influencia en la Isla Wallis.
- Un proyecto de salud infantil en Islas Salomón.

- El Seminario Adventista de Omaura, en Kainantu, Papúa Nueva Guinea.
- Un proyecto de salud infantil en Vanuatu.

Estimado director de Escuela Sabática:

Este trimestre hablaremos de la División del Pacífico Sur, que supervisa la obra de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en diecinueve países y territorios: Australia, Fiyi, Islas Cook, Islas Salomón, Kiribati, Naurú, Niue, Nueva Caledonia, Nueva Zelanda, Papúa Nueva Guinea, Pitcairn, Polinesia Francesa, Samoa, Samoa Americana, Tokelau, Tonga, Tuvalu, Vanuatu y Wallis y Futuna.

Aunque todas estas comunidades están separadas por el océano, a los adventistas los une el compromiso de llevar esperanza a las almas por medio de un evangelismo contextualizado.

En este territorio viven 45,5 millones de personas, de las cuales 824.647 son adventistas. Eso significa que hay un adventista por cada 55 habitantes. La Iglesia Adventista cuenta, en esta División, con 2.390 iglesias organizadas y 4.784 compañías, donde se reúnen personas de una impresionante diversidad de culturas, ya que en este territorio se hablan más de mil doscientos idiomas y dialectos.

Parte de las ofrendas de este trimestre será destinada a apoyar cuatro proyectos que se llevarán a cabo en Isla Wallis, Islas Salomón, Papúa Nueva Guinea y Vanuatu. Puede ver estos proyectos de decimotercer sábado en el cuadro “Oportunidades”.

Si desea que su clase de Escuela Sabática cobre vida este trimestre, hemos puesto a su disposición fotografías, videos y otros materiales para acompañar cada relato misionero. Encontrará más información al final de cada historia.

También puede descargar un PDF con datos y actividades de la División del Pacífico Sur en bit.ly/spd-2026 [en inglés]. Los videos de Misión Adventista Jóvenes y Adultos están disponibles en bit.ly/missionspotlight [en inglés].

Síganos en facebook.com/missionquarterlies.

Gracias por incentivar a los miembros de su iglesia a tener mentalidad misionera.

**Misión Adventista Jóvenes y Adultos: De Fiyi
a Indonesia**
Laurie Falvo, Gracelyn Ban Lloyd

Título del original: *Youth and Adult Mission*

Dirección: Gary Krause

Traducción: Mónica Díaz

Diseño: Romina Genski

Primera edición

© Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, 2025.

© Asociación Casa Editora Sudamericana, 2025.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Todas las citas bíblicas cuya referencia no tenga aclaración han sido extraídas de la versión Nueva Reina-Valera 2000 Actualizada (NRV-2000). © Sociedad Bíblica Emanuel, 2020. biblia.editoriallaces.com

Falvo, Laurie
Misión Adventista Jóvenes y Adultos: de Fiyi
a Indonesia / Laurie Falvo; Gracelyn Ban Loyd;
Coordinación general de Pablo M. Claverie;
Director Gary Krause. - 1a ed. - Florida : Asociación
Casa Editora Sudamericana, 2025.
32 p. ; 21 x 13 cm.

Traducción de: Mónica Díaz.
ISBN 978-631-305-246-2

1. Vida cristiana. I. Claverie, Pablo M., coord. II.
Krause, Gary, dir. III. Díaz, Mónica, trad. IV. Título.
CDD 248.4

Se terminó de imprimir el 15 de septiembre de 2025
en talleres propios (Gral. José de San Martín 4555,
B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires. www.editoriallaces.com). Tirada: 10.751.

Libro de edición argentina
IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN
ARGENTINA

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.



Mi nueva vida

—“**M**amá, ¿podemos regresar mañana, por favor? —nos preguntaron nuestros dos hijos pequeños, con grandes sonrisas.

Era nuestra primera vez en una reunión de la Iglesia Adventista. Un amigo nos había invitado y habíamos aceptado ir por educación. Ya anteriormente habíamos visto en el buzón folletos anunciando reuniones, pero nunca se nos había pasado por la cabeza asistir a ninguna de ellas.

Antes de salir de casa, mi esposo, Bruno, y yo nos dijimos:

—Vamos solo a escuchar. Eso es todo.

Pero ocurrió algo inesperado: nuestros niños se encontraron allí con sus amigos e incluso hicieron amigos nuevos. ¡Se lo pasaron en grande!

Tras la reunión, nos quedamos un rato a tomar unas tisanas calientes mientras charlábamos con personas muy amables. Nos contaban cómo Dios les había cambiado la vida y nos invitaron a regresar.

Pasaron los días y asistimos a todas las reuniones. Nuestros hijos decían que les gustaban los sermones del pastor. Aunque a veces parecía que no estaban escuchando, siempre comentaban algo sobre lo que aprendían. Realmente les encantaban las presentaciones sobre cómo Dios creó el mundo y todo lo asombroso que hay en la naturaleza.

Las reuniones también tuvieron un gran impacto sobre mí. El coro cantaba himnos poderosos que me hacían llorar y el pastor siempre nos decía que no creyéramos todo solo porque él lo decía, sino que buscáramos en la Biblia y aprendiéramos por nosotros mismos de la Palabra de Dios. Eso me gus-

taba. Aunque yo iba a una iglesia y oraba a menudo, lo que aprendíamos en las reuniones adventistas me parecía muy diferente y especial.

Un día de la segunda semana de la campaña, el pastor preguntó si alguien quería bautizarse. Para nuestra sorpresa, nuestro hijo dijo:

—Papá, mamá, yo quiero bautizarme.

Mientras que nosotros dos todavía estábamos intentando comprender toda la información que habíamos recibido en aquellos días, el joven corazón de mi hijo estaba entusiasmado porque había conocido a Dios. Le dije que bautizarse no es como comprarse una chocolatina; que es una decisión muy importante. Pero me di cuenta de que yo no conocía tan bien el corazón de mi hijo como lo conoce Dios.

Dios también estaba obrando en mi corazón, pero yo no me sentía digna. Cuando el pastor volvió a preguntar si alguien deseaba ser bautizado, yo quise salir adelante en respuesta al llamado, pero no pude moverme del sitio. No me sentía lo suficientemente “limpia”. Esa noche oré y lloré a solas. “Señor, ¿qué debo hacer? Quiero bautizarme”, le dije. Mientras oraba, sentí una sensación de paz y supe que estaba lista.

A la mañana siguiente, preparé una bolsa con un vestido blanco especial y una toalla. Le di un beso de despedida a mi esposo cuando se fue con nuestros hijos mayores a dar un paseo en barco y luego fui a las reuniones con nuestros dos hijos menores, un sobrino y una sobrina. Me senté sola en la reunión, con las mejillas llenas de lágrimas. Una pareja mayor me vio y se acercó amablemente.

Cápsula informativa

- En Nueva Caledonia hay 1.133 adventistas, que se reúnen en 6 iglesias y 2 congregaciones. Con una población de 278.000 habitantes, esto supone un miembro de iglesia por cada 245 neocaledonios.
- Los primeros misioneros adventistas en Nueva Caledonia fueron el capitán G F. Jones y su esposa, que zarparon de Sidney (Australia) rumbo a Numéa en 1925.
- La primera conversa adventista de Nueva Caledonia fue Ada Peyras.
- La Misión de Nueva Caledonia fue establecida en 1925 y organizada en 1954 por el evangelista francés Paul Nouan.
- Muchos de los misioneros que vivieron o visitaron Nueva Caledonia procedían de Francia.
- El territorio de la Misión de Nueva Caledonia incluye también la Isla de Los Pinos, las Islas de la Lealtad y las Islas Wallis y Futuna.

—Voy a bautizarme —les dije—, pero no se lo he dicho a nadie de mi familia.

Cuando el pastor llamó a las personas que deseaban bautizarse, yo fui caminando hasta la plataforma llorando, aunque no eran lágrimas de tristeza, sino de inmenso amor por Jesús. Mis hijos saltaron de alegría cuando me vieron bautizarme y me abrazaron con fuerza cuando salí del agua.

Lejos, en el mar, mi esposo sintió algo en su corazón. Yo no le había dicho nada de mi decisión, pero él se volvió a nuestros hijos y les dijo:

—Creo que su mamá se va a bautizar hoy.

Desde ese día, he ido madurando en la fe. Me gusta ir a la iglesia; me gusta leer la Biblia y estudiar la lección de Escuela Sabática; y espero que toda mi familia algún día también decida bautizarse.

Estoy agradecida a Jesús por el esposo que me dio. Él no me pone ninguna restricción a guardar el sábado. Hace poco le pregunté:

—¿Qué opinas de todo esto de ir a la iglesia y creer en Dios?

—Yo siento que soy cristiano —me respondió—. Creo en Jesús y tu fe me anima.

Ahora, trato de vivir de tal manera que muestre a los demás quién es Dios a través de mis palabras, de mis hechos y de mi amor por ellos.

Relato narrado en primera persona por su protagonista, Hyacinthe Santino.

Las ofrendas del decimotercer sábado tendrán un impacto eterno en la vida de personas como Hyacinthe. Ayudarán a establecer un centro de influencia en Wallis, para que la Iglesia Adventista pueda tender puentes de entendimiento y amistad con la gente del territorio de la Misión de Nueva Caledonia.

Pueden ver fotografías en Facebook:
bit.ly/fb-mq.



El Dios de mi abuelo

Stanislas creció en un hogar cristiano rico en cultura, fe y tradición. Era el segundo de ocho hermanos y sus primeros recuerdos están llenos de amor y de vida familiar. Sin embargo, la tragedia los golpeó cuando su padre murió en un accidente automovilístico. En ese momento, la madre de Stanislas estaba embarazada de su hermano menor. Incapaz de cuidar de los niños ella sola, los envió a vivir con sus abuelos.

Fue en la casa de sus abuelos donde Stanislas pudo presenciar por primera vez una profunda devoción espiritual. Cada mañana, se despertaba con el suave aroma de una vela encendida y veía a sus abuelos de rodillas orando. Su abuelo, un fiel obrero de la Iglesia, había dedicado su vida a servir a Dios.

Ya desde niño, Stanislas empezó a preguntarse: *Si Dios es bueno, ¿por qué alguien como mi abuelo, que tanto lo ama, sufre tan profundamente?* Esa duda silenciosa no haría sino aumentar en los años siguientes.

En su adolescencia, Stanislas se alejó mucho de sus raíces. Empezó a fumar, a beber y, finalmente, a robar. Lo que comenzó como pequeños actos de rebeldía lo llevó a un peligroso estilo de vida delictivo. Participó en robos, hurtos de automóviles y tráfico de drogas. La calle le enseñó otra regla: la de la supervivencia del más fuerte.

Una noche, todo cambió. Ebrio y al volante de un auto robado, Stanislas oyó de pronto una voz dentro de sí que le dijo: "¿Qué estás haciendo? ¿Es así como quieres que acabe tu vida?" Supo que no podía seguir viviendo así. A la mañana siguiente, decidió alejarse de la delincuencia y empezar de nuevo.

Regresó a su ciudad natal para rehacer su vida. No fue fácil, tardó un año y medio en

consolidar sus nuevos comienzos, pero estaba decidido a lograrlo. A los dieciocho se alistó en el ejército, donde completó su formación y luego encontró un trabajo estable. Más adelante conoció a una mujer y empezaron una vida juntos. Tuvieron dos hijos y todo fue bien durante un tiempo, hasta que las viejas heridas y el dolor no resuelto empezaron a aflorar, creando tensiones en su relación. Finalmente, la pareja se separó.

Poco después, el padre de ella lo llamó para pedirle que le diera otra oportunidad. Él aceptó, sin saber qué esperar. Su pareja había crecido en una familia adventista. Aunque ella llevaba tiempo alejada de la iglesia, seguía leyendo la Biblia todos los días. Un día, le dijo a Stanislas:

—Quiero volver a la iglesia.

—¿Por qué no? —le respondió él—. Ya he probado todo lo demás, quizás sea hora de probar con Jesús.

Ella empezó a ir a una iglesia los sábados, mientras que él empezó a ir a otra iglesia los domingos. A veces, ella iba con él, pero él nunca la acompañaba a ella. Aun así, se dio cuenta de que algo había cambiado. Su pareja estaba más tranquila y feliz; tenía una paz que él no podía explicar. Un día le preguntó:

—¿Por qué pasas el sábado entero en la iglesia? A mi iglesia solo vamos un par de horas.

—Ven conmigo y lo entenderás —le respondió ella, sonriendo.

Él aceptó y aquel primer sábado fue un punto de inflexión en su vida. La predicación le llegó al corazón de una forma totalmente inesperada. Aún no entendía del todo a Je-

Cápsula informativa

- La lengua oficial de Nueva Caledonia es el francés, aunque se reconocen más de 35 lenguas autóctonas.
- La moneda del país es el franco CFP.
- Los primeros habitantes conocidos de Nueva Caledonia fueron los lapita, por el siglo XVI a. C., seguidos de los polinesios en el siglo XI a. C.
- El explorador británico James Cook le puso a la isla ese nombre porque le recordaba a Escocia. "Caledonia" era el nombre en latín de las Tierras Altas Escocesas.
- Cuando llegaron los primeros misioneros cristianos en la década de 1840, el canibalismo estaba muy extendido por ese territorio.
- En 1853, Francia colonizó Nueva Caledonia, que sirvió de colonia penal entre 1864 y 1897. Fueron trasladados allí unos 22.000 prisioneros.

sús, pero algo se agitó en su interior. El pastor lo invitó a dar estudios bíblicos y Stanislas aceptó.

Al abrir la Biblia, empezó a encontrar respuestas a preguntas que lo habían atormentado desde la infancia. La imagen que tenía de Dios, dañada por la duda, fue sanando poco a poco. Se dio cuenta de que la misma voz que había oído años antes, en aquel auto robado, le hablaba de nuevo, esta vez a través de las Escrituras.

Una noche, después de un estudio bíblico, se volvió hacia su compañera y le dijo: "Creo que ahora tengo fe. Por fin entiendo lo que significa creer". Poco después, se casaron y se bautizaron juntos.

Dos años después, Stanislas se matriculó en la Universidad Adventista de Fiyi, donde se graduó de Teología. Hoy es pastor en Nueva Caledonia, la misma isla donde comenzó todo. Pero ahora sirve al Dios de su abuelo, no por tradición, sino por convicción, por amor y porque tiene una relación personal con Cristo.

Su ofrenda del decimotercer sábado tendrá un impacto eterno en la vida de personas como el pastor Stanislas Weneguei. Ayudará a establecer un centro de influencia en Wallis, para que la Iglesia Adventista pueda tender puentes de entendimiento y amistad con la gente del territorio de la Misión de Nueva Caledonia.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.



El punto de inflexión

Théodore vive en la isla tropical de Lifou, que forma parte del territorio francés de Nueva Caledonia, en el Pacífico. Proviene de una pequeña aldea tribal y es el menor de doce hermanos nacidos en un hogar cristiano lleno de amor.

Desde pequeño, Théodore iba a la iglesia y llevaba una vida respetuosa de las tradiciones religiosas. Sin embargo, al entrar en la adolescencia, algo cambió en él. Los placeres del mundo y la influencia de sus amigos empezaron a empujarlo en otra dirección, hasta tal punto que, durante la secundaria, comenzó a tomar decisiones que sabía que eran equivocadas a los ojos de Dios. Dejó los estudios en el segundo año de secundaria y, poco a poco, se fue sumiendo en una vida de adicciones.

Empezó a fumar cigarrillos, cannabis y a tomar alcohol. Lo que había comenzado como una curiosidad pronto se convirtió en un estilo de vida. Sus días se llenaban de placeres mundanos y sus noches se nublaban de remordimientos. Cuanto más intentaba llenar el vacío de su corazón, más perdido se sentía. En el fondo, sabía que le faltaba algo.

De adulto, Théodore se unió a un pequeño grupo de adoración. No estaba seguro de lo que buscaba allí, pero sí sabía que necesitaba algo más de lo que el mundo le ofrecía. Había confiado en las personas, pero lo habían defraudado. Ahora quería confiar en Dios.

Un domingo, al salir de la iglesia, preguntó si alguien le podía dar una Biblia. Le llevó algo de tiempo, pero, finalmente, consiguió una y empezó a leerla en casa. Al principio no entendía mucho lo que leía, pero algo le hacía volver a leer una y otra vez: quería saber

más sobre Jesús. Cuanto más leía, más buscaba.

Empezó a hablar de Jesús con otras personas, aunque no siempre era bien recibido su tema de conversación. Un día, un profesor le pegó de mala manera por hacer preguntas sobre la Biblia, pero ni siquiera eso lo detuvo. En casa, siguió leyendo la Palabra de Dios, buscando la verdad, hasta que, un día, ocurrió algo inesperado: un familiar adventista lo invitó a una serie de reuniones de evangelización. Théodore decidió ir y esa decisión le cambió la vida.

En las reuniones escuchaba mensajes sagados directamente de la Biblia, claros, contundentes y llenos de amor. Descubrió que Jesús es su Salvador personal, no solo una figura lejana de la infancia. También descubrió la verdad del sábado y empezó a guardarlo como día sagrado de descanso, tal como enseña la Biblia.

Théodore sintió que el Espíritu Santo estaba obrando en su corazón, llamándolo a dejar atrás su antigua vida y a seguir a Jesús. Con el apoyo de pastores y miembros de la iglesia, decidió entregar su vida a Dios el 19 de junio de 2019, por medio del bautismo. Aquel fue para Théodore un día de libertad. Pero no terminó ahí. Años de adicción habían hecho mella en su cuerpo y su mente. Seguía en tratamiento y recorriendo aún el camino de la sanación. Sin embargo, ahora era diferente: no caminaba solo.

Dios no solamente lo había liberado de sus adicciones, sino que también lo había perdonado. Había roto las cadenas que lo habían retenido durante tanto tiempo. Lo que antes parecía imposible se había hecho realidad. “Todo esto es imposible para el

Cápsula informativa

- La capital y ciudad más grande de Nueva Caledonia es Numea.
- Aunque ha habido numerosos movimientos independentistas, algunos de ellos violentos, tras referéndums celebrados entre 2018 y 2021 los neocaledonios votaron a favor de seguir formando parte de Francia.
- La barrera de coral de Nueva Caledonia ha sido nombrada Patrimonio de la Humanidad según la UNESCO por su belleza y diversidad de vida marina. El país posee la biodiversidad por kilómetro cuadrado más rica del mundo.
- Nueva Caledonia exporta minerales, madera, café, coco y carne de vacuno.
- La cocina neocaledonia se basa en el pescado, el arroz y las hortalizas de raíz, como el taro.

hombre”, dice Théodore, “pero posible para Dios”.

Hoy, el joven que antes dependía de las drogas depende de la Palabra de Dios. Lee la Biblia todos los días y su mayor alegría es compartir las buenas nuevas de salvación con otras personas, especialmente con quienes pasan por las mismas dificultades que él atravesó. Su vida tiene una nueva dirección; su corazón tiene un nuevo propósito; y su lema lo dice todo: “Confía en Dios”.

Gracias por su fiel ofrenda del decimotercer sábado, que tendrá un impacto eterno en la vida de personas como Théodore. Ayudará a construir un centro de influencia en Wallis, para que la Iglesia Adventista pueda tender puentes de entendimiento y amistad con la gente del territorio de la Misión de Nueva Caledonia.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.



Yo no soy un fracasado

Me llamo John y soy de la pequeña isla de Maskelyne, frente a Vanuatu, en el Pacífico Sur. Crecí rodeado de un mar cristalino y de exuberantes selvas tropicales. Iba a la escuela como los demás niños, pero no me gustaba estudiar; de hecho, sacaba las peores notas de mi clase. Mi padre sabía que no me gustaba la escuela, pero tenía un deseo muy sencillo para mí:

—Termina sexto grado —me dijo—; aprende a leer y a escribir bien tu nombre. Con eso basta.

Nunca olvidaré algo que sucedió en sexto grado. Estábamos haciendo un examen cuando la maestra vio lo que yo estaba escribiendo y suspiró:

—John, nunca cambiarás. Estás malgastando el dinero de tus padres. No tiene propósito que sigas estudiando —me dijo.

Y lanzó mis libros por la ventana, diciéndoles a mis compañeros que se rieran de mí. Tuve que salir corriendo a recoger los libros mientras todos me miraban. En ese momento se rompió algo en mi interior. Sentí que no valía nada; aunque, en el fondo, algo me decía que no me rindiera.

Ese mismo año, un compañero bromeó:

—John, cuando repreubes los exámenes y te tengas que quedar en la isla, te contrataré para que pesques para mí.

Yo le sonréi, pero sabía que no quería ese tipo de vida. Quería algo más.

En una ocasión mi hermano mayor, que se había hecho adventista, me dio un versículo bíblico para que me lo aprendiera: “Acuérdate del sábado para santificarlo” (Éxodo 20:8). Ese versículo cambió algo en mí.

Cuando tenía trece años, un pastor adventista que estaba de visita celebró reunio-

nes en nuestra isla. Asistí, y sus palabras calaron hondo en mi corazón. Decidí bautizarme. Antes del bautismo, el pastor oró: “Señor, por favor, usa a este joven en tu servicio”.

Después de la muerte de mi padre, la vida se me hizo más difícil, pero la familia de la iglesia me ayudó y yo empecé a ayudar haciendo pequeñas cosas, como desmalezar el patio de la iglesia o tocar la campana. Más adelante fui diácono y luego anciano de la iglesia.

En 2001, me trasladé a otro lugar de Vanuatu. Me uní a una iglesia adventista y formé parte de un coro. Compartía mi fe a través de la música. Cantar era mi forma de predicar. Yo no era predicador, pero, cuando cantaba, me sentía vivo.

Más adelante, volví a mi isla, porque un pastor me invitó a cantar en una serie de reuniones. Una tarde, me pidió que visitara la tumba de Norman Wiles, el misionero que llevó por primera vez el mensaje adventista a nuestras costas. De pie junto a la tumba, oré: “Señor, yo también quiero ser misionero”. En realidad, no sabía muy bien qué era un misionero, pero quería ayudar a la gente a conocer a Jesús. Luego tuve un sueño y descubrí así que Dios quería que fuera a Torres, un grupo de islas donde no vivía ningún adventista. No tenía dinero ni conocía a nadie allí, pero oré: “Señor, si quieres que vaya, por favor abre el camino”. ¡Y Dios respondió! Pasé siete años en Torres, forjando nuevas amistades y fundando nuevas iglesias.

Años después, en un concierto en Malekula, vi a mi antigua maestra, la que había lanzado mis libros por la ventana. Se acercó

Cápsula informativa

- En Vanuatu hay 29.088 adventistas, que se reúnen en 97 iglesias y 181 congregaciones. Con una población de 321.000 habitantes, esto supone un miembro de iglesia por cada 11 habitantes del país.
- El cristianismo es la religión mayoritaria. Alrededor de un tercio de la población es presbiteriana; católicos y anglicanos representan aproximadamente un 15 % de la población cada uno.
- En Vanuatu hay tres academias y cuatro clínicas médicas de la Iglesia Adventista.
- Los primeros misioneros adventistas en Vanuatu (entonces llamadas Nuevas Hébridas) fueron C. H. Parker y su esposa, que llegaron en 1912.

a mí con lágrimas en los ojos, me dio una sandía y me dijo:

—Siento mucho lo que te dije.

Ella también se había hecho adventista.

Hoy sigo siendo anciano de iglesia, compartiendo el amor de Dios y fundando nuevas iglesias. Puede que haya fracasado en la escuela, pero Dios tenía un plan para mí. Así lo dice en su Palabra: “Yo conozco los planes que tengo para ustedes —afirma el Señor—, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza” (Jeremías 29:11, NVI). Esta promesa es para mí y también para ti.

Su ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre ayudará a financiar proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu. Gracias por su generosidad.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.



Una vida de servicio a Dios

Moape se levanta con el sol. Incluso a sus setenta y siete años, su rutina de las mañanas sigue siendo la misma: pies en el suelo antes del amanecer, una oración y directo a su escritorio. "Me gusta ser el primero en el trabajo", dice con una sonrisa. "Dios se merece mis mejores horas".

Moape creció en la escarpada costa de Ra, en las islas Fiyi. Su padre, pastor de iglesia, le enseñó a remendar redes de pesca, a barrer el piso de la capilla y a saludar a cada vecino por nombre. "Yo vi a mi padre servir a la gente", recuerda Moape, "y pensaba para mis adentros: 'Así es como quiero yo vivir mi vida'".

Tras la secundaria, Moape fue a la Universidad Fulton, un campus en la ladera de una colina, con árboles frangipani dando sombra a los caminos. Estudiaba, oraba y empujaba pesados rodillos en la imprenta de la universidad. La tinta le manchaba los dedos, pero la esperanza le llenaba el corazón.

Un viernes, se arrodilló junto al púlpito de madera de la iglesia de Suva y le pidió a Dios una compañera en el servicio. "Envíame a una mujer que te ame", susurró. Y Dios le respondió. Se casó con Mere, una amable correctora de pruebas con la que tuvo tres hijas. La pareja prometió seguir a Dios dondequiera que él los guiará.

Su primera misión fue en la Casa Publicadora Trans-Pacific, en Suva. Moape cargaba papel al amanecer, ajustaba la rotativa y veía cómo los folletos con el mensaje de salvación salían en ordenadas pilas. Cuando el director de la imprenta oyó que Moape soñaba con ser pastor, negó con la cabeza.

—Quédate en la imprenta —lo instó—. Cada página que imprimes llega más lejos que un sermón.

Eso lo conmovió profundamente. "Me di cuenta de que un hombre de pocas palabras como yo tenía un medio excelente para compartir la esperanza", afirma.

Moape trabajó en la imprenta durante nueve años. Su trabajo duro lo llevó a ascender a maquinista, luego capataz y, por último, a responsable financiero. Cada promoción era como un suave empujón de Dios.

En 1978, la prensa enmudeció. La Unión la cerró y le pidió a Moape que llevara la contabilidad en la Universidad Fulton. La familia empacó sus pocas pertenencias y se fueron en automóvil manejando montaña arriba, esperando llegar a una buena casa en el campus. Sin embargo, lo que encontraron fue una casa de madera desgastada por la intemperie, con goteras en el tejado y paredes en mal estado. Mere rompió a llorar.

—Volvamos a Suva —le suplicó a su esposo.

—No —le dijo Moape rodeándole los hombros con un brazo—. No estamos aquí por comodidad. Estamos aquí por el Señor.

Los dos se pusieron a limpiar, pintar y arreglar la casa, hasta que las paredes quedaron relucientes. Con el tiempo, esa casa se convirtió en la casa de huéspedes para los líderes que visitaban la universidad. "Nuestra casa, que era la peor, Dios la convirtió en la mejor", le gusta decir a Mere con una sonrisa en la voz.

Los años pasaron. Los estudiantes le pedían consejo a Moape; los niños jugaban

Cápsula informativa

- En las islas Fiyi hay 28.757 adventistas, que se reúnen en 183 iglesias y 318 compañías. Con una población de 907.000 habitantes, esto supone una proporción de un miembro de iglesia por cada 32 fiyianos.
- La religión mayoritaria de Fiyi es el cristianismo. La población cristiana está compuesta por un 34 % de metodistas y un 30 % de otras confesiones. Alrededor del 28 % de los fiyianos son hindúes y el 6 % musulmanes.
- El primer misionero adventista en Fiyi fue John I. Tay, que llegó al país en 1891, en el barco misionero Pitcairn. Desgraciadamente, enfermó y murió pocos meses después.

bajo los mangos; y los libros de contabilidad cuadraban hasta el último centavo.

Una tarde, un antiguo alumno de la universidad, que era de Tahití, llegó vestido con un elegante traje.

—Voy a montar un negocio —le dijo a Moape—. Si aceptas dirigirlo, te triplicaré el salario y te daré un auto y una casa nueva.

La oferta era muy atractiva, pero Moape no dudó. Levantó la mirada y respondió con firmeza:

—Ya he aceptado servir a Dios hasta que me jubile. No hay dinero que pueda cambiar eso.

El hombre suspiró y se fue de Fiyi al día siguiente.

Momentos como ese fortalecieron la fe de Moape. “Cada prueba me hacía apoyarme más en Dios”, dice. Las oraciones diarias lo anclaban; oraba por la mañana temprano

junto a un árbol del pan, a mediodía en un aula vacía y por la noche con su familia alrededor de una pequeña lámpara de queroseno.

Finalmente, tras 52 años de servicio, Moape cerró la caja fuerte de la universidad por última vez y se fue a casa caminando al caer la tarde. Ya no era el joven de pies veloces que cargaba papel en Suva, pero su sonrisa era más amplia. Mere lo recibió en la puerta, con sus hijas y sus nietos detrás. Cocinaron mandioca, cantaron himnos y contaron historias hasta bien entrada la noche.

“¿Qué mensaje quiere transmitir a los corazones más jóvenes?”, le preguntamos. Él respondió al instante, citando un versículo que aprendió de niño: “Confía en Jehová con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos y él hará derechas tus veredas” (Proverbios 3:5, 6). Luego añadió su propio y sencillo reto: “Pon a Dios en primer lugar, cada mañana y en cada decisión. Puede que empieces en una casa vieja y desbaratada, o en una ruidosa imprenta, pero él te llevará exactamente adonde tienes que ir”.

El sol se pone sobre Ra, pintando el cielo de naranja y oro. Mañana, antes de que cante el primer gallo, Moape se levantará de nuevo, dispuesto, como siempre, a ser el primero en trabajar para Aquel que lo ha guiado en todo el camino.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado del primer trimestre del año 2000 ayudó a ampliar la biblioteca de la Universidad Adventista Fulton. Gracias por su generosidad en las ofrendas de este trimestre, que apoyarán proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.



Dios nunca se rindió conmigo

Me llamo Sera y soy de las hermosas islas Fiyi. Estoy en mi segundo año de la carrera de Educación, que curso en la Universidad Adventista Fulton. Mi camino hasta aquí ha sido de todo menos fácil.

Crecí en un hogar disfuncional y, desde muy joven, tuve que cuidar de mí misma. No tenía a nadie en quien apoyarme, ningún tipo de red de seguridad. La vida me parecía una batalla que tenía que librar sola. Durante la secundaria, tomar alcohol y fumar se convirtieron en mis dos vías de escape; eran el único consuelo que conocía.

Caí en la misma rutina semana tras semana: trabajar, cobrar y gastarme todo el dinero en cosas que no eran buenas para mí. Estaba atrapada en un ciclo que me parecía imposible de romper.

Mi primer aviso serio llegó cuando me atracaron estando borracha, pero ni siquiera eso me detuvo y volví a los mismos hábitos destructivos. Hasta que llegó el accidente. Esa noche lo cambió todo. Pude haber muerto. En el fondo, sabía que mi supervivencia no había sido una mera cuestión de suerte. El accidente de auto había sido una advertencia para salvarme.

Eso fue en el año 2018, cuando llegué a la Universidad Fulton para estudiar Administración de Empresas. Sin embargo, no podía con las "extrañas" creencias de los adventistas. Discutía con mis profesores y, finalmente, me fui. Pensé que regresar a mi antigua vida sería fácil, pero, tras el accidente, me hundí en la depresión. Me llené de culpa y de pensamientos suicidas y, sin embargo, incluso en esa oscuridad, aún podía oír una tenue voz, como un susurro, que me decía: "Vas a

estar bien". En aquel entonces no lo sabía, pero ahora creo que era el Espíritu Santo.

Aunque no leía la Biblia ni iba a la iglesia, nunca dejé de orar. La oración era lo único que me quedaba. La única creencia que conservaba de mi infancia era que Dios me escucha. Mis tíos, ambos adventistas, siempre habían intentado mostrarme la luz de Dios. Cuando era más joven, nos invitaban al antiguo campus de la Universidad Fulton durante las vacaciones. Nunca nos obligaban, pero siempre nos animaban a leer la Palabra de Dios por nosotros mismos. Echando la vista atrás, me doy cuenta de que ellos fueron una parte importante de mi caminar cristiano. Ellos plantaron la semilla.

Al principio, me resistí. Mi corazón era duro. La gente solía llamarme "antiadventista". Recuerdo que yo les decía: "¿En qué parte de la Biblia dice que el día de descanso es el sábado?" No podía aceptarlo. Pero, poco a poco, a través de los estudios bíblicos, las cosas empezaron a tener sentido para mí. Un día, un pastor me preguntó:

—¿Sabes algo de la segunda venida de Jesús?

Esa pregunta me sacudió. Fue el punto de inflexión. Empecé a verlo todo de otra manera.

Poder volver a la Universidad Fulton fue casi un milagro. No tenía ningún plan, ni dinero, ni idea de cómo iba a pagar la matrícula. Solo dije: "Señor, quiero volver a estudiar" y la víspera de mi regreso, mi hermana y su esposo se ofrecieron a pagar todos mis gastos universitarios. Luego me dijeron: "No hace falta que nos devuelvas el dinero; solo queremos ayudarte a empezar". Dios abrió las puertas.

Cápsula informativa

- Fiyi está formado por más de 300 islas, aunque solo un tercio están habitadas. La capital del país es Suva, que tiene una población de unos 200.000 habitantes.
- Las lenguas oficiales de Fiyi son el inglés, el fiyiano y el hindí fiyano.
- Los habitantes originales de Fiyi la llamaban "Viti", pero el capitán James Cook oyó a los tonganos pronunciarla como "Fisi", que se convirtió en Fiyi.
- Gran parte de los fiyianos son de origen indio, porque muchos indios fueron a trabajar a Fiyi, sobre todo en los campos de caña de azúcar.

Con el tiempo, Dios proveyó para mis estudios, me dio oportunidades de liderazgo y trajo a mi vida personas que me guiaron hacia la verdad. ¿Y el mayor milagro de todos? El mayor milagro fue que me bauticé. Decidí seguir a Dios, no porque alguien me obligara, sino porque había encontrado la verdad por mí misma.

No ha sido fácil. En ciertos sentidos, una vida de fe es más dura que la vida que dejé

atrás, pero merece la pena. Antes pensaba que el mundo podía darme paz, pero ahora sé que solo Dios puede satisfacer las necesidades más profundas del corazón. Hoy leo la Biblia más que nunca, me tomo la oración en serio e intento contarles mi experiencia a otros estudiantes, sobre todo a los que nunca han oído hablar del amor de Jesús.

La Universidad Fulton es más que una escuela: es un lugar donde estudiantes como yo pueden encontrar la verdad, así como sanación y propósito. Aquí, no solo nos estamos preparando para una carrera, sino también para la eternidad. Si pudiera compartir un mensaje, sería este: nunca te rindas con Dios. Aunque te caigas o te desvías del camino, levántate y sigue adelante en la dirección que Dios quiere que vayas. Él nunca se rindió conmigo y tampoco lo hará contigo.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado del cuarto trimestre de 2009 ayudó a construir el nuevo campus de la Universidad Adventista Fulton. Gracias por su generosidad en la ofrenda de este trimestre, que apoyará proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.



Llamado por medio del dolor

Me llamo Milo y soy de las hermosas islas Samoa, en el sur del Pacífico. Crecer no fue fácil para mí, pues me crie en un hogar donde el amor a menudo se ocultaba tras el dolor. Mi padre tenía problemas con el alcohol y, muchas veces, pequeños desacuerdos acababan en violencia. Recuerdo cómo le hacía daño a mi madre por las cuestiones más insignificantes. Mis hermanos y yo crecimos en un ambiente de miedo y confusión. No solo fue duro, sino además algo se rompió dentro de mí.

A medida que me hacía mayor, me encontraba a menudo haciéndole preguntas profundas a Dios. “¿Hay futuro para mí? ¿Tengo un propósito en la vida?” Le decía que estaba dispuesto a escucharlo y a seguirlo. Oraba, lloraba y le suplicaba que me diera alguna respuesta, pero sentía que guardaba silencio. Me enfadé y empecé a culpar a Dios de todo lo malo que me ocurría en la vida. A pesar de todo, algo seguía llevándome a él.

Empecé a recibir estudios bíblicos los miércoles y a ir a la iglesia los sábados y mi madre se convirtió en mi roca. Aunque ella estaba pasando por su propio dolor, se mantuvo fuerte y siempre me animó a hacer lo correcto. No me había permitido ir a campamentos ni a actividades de la iglesia cuando era más joven, pero ahora ocurrió algo inesperado. Cuando mi madre oyó hablar del Congreso de la Juventud 2024 que se celebraría en Samoa, me dijo:

—Creo que deberías ir, hijo.

Me dijo que ese congreso me cambiaría la vida, que me haría una persona mejor. Sus palabras me llegaron al corazón y, debido al profundo respeto que sentía por ella, decidí anotarme.

Antes de que empezara el congreso, empecé a orar de nuevo. Esta vez le pedí a Dios una señal. Necesitaba saber si realmente tenía un llamado para mí. Durante una de las presentaciones, el predicador preguntó si alguien quería ofrecerse voluntario para un año de servicio misionero. En ese momento sentí algo fuerte en mi corazón; sabía que era Dios, que por fin me estaba hablando. Me apunté para ir a trabajar como misionero. Entonces me di cuenta de que todos aquellos años de silencio no habían sido un rechazo, sino que Dios me había estado preparando para lo que venía.

Sin embargo, cuando todo parecía encajar, sobrevino la tragedia. Justo cuando estaba a punto de viajar a la Universidad Fulton para recibir formación como misionero, murió mi hermano. Habíamos pasado dieciséis años juntos y, de repente, se había ido. Sentí como si me hubieran clavado un cuchillo en el corazón. Estaba destrozado.

Perdí la esperanza. Sentí que le había fallado a mi hermano por no haber estado a su lado. Me sentí completamente inútil. Fue entonces cuando mi madre volvió a ayudarme. Aun a pesar de su propio dolor, me recordó el llamado que Dios me había hecho. Sus palabras volvieron a darme fuerzas. Podía sentir al Espíritu Santo obrando en mí, guiándome, levantándome cuando no era capaz de hacerlo por mí mismo.

Quiero dirigirme a todo aquel que pueda estar pasando por algo doloroso o incierto: no te rindas. El enemigo quiere que te quedes sin esperanza, roto y perdido, pero Dios sigue obrando, incluso en el silencio. Te está preparando para algo más grande. Sigue orando, sigue creyendo y sigue escuchando.

Cápsula informativa

- La moneda de Fiyi es el dólar fiyiano.
- El lema del país es “Teme a Dios y honra al Rey”.
- Fiyi fue colonia británica durante casi cien años, desde 1874 hasta su independencia el 10 de octubre de 1970.
- Fiyi es una de las economías más desarrolladas del Pacífico.
- Su principal cultivo es la caña de azúcar, seguido por la mandioca y el coco.

Puede que el llamado de Dios no llegue cuando lo esperas, pero cuando llegue, lo sabrás. Y nunca te arrepentirás de haberle dicho “sí”.

Jesús dijo: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5:10). Aférrate a esa promesa. Dios cuida de su pueblo.

Relato narrado tal como se lo contó su protagonista, Alice Rore, a Maika Tuima.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado del primer trimestre de 2013 ayudó a proporcionar 15.000 Biblias y guías de lectura de la Biblia a las islas del Pacífico Sur para que personas como Milo pudieran aprender más sobre Jesús. Gracias por su ofrenda de este trimestre, que ayudará a apoyar proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.



Un “hogar” en el que se adora a Dios

Me llamo Alice y soy de las Islas Salomón. Durante muchos años fui profesora de secundaria, pero hoy trabajo como educadora e investigadora. Me encanta planificar programas para jóvenes y alcanzar a la comunidad. En todo lo que hago, me acuerdo con profunda gratitud del lugar que me ayudó a forjar mi fe: el Centro Evangelizador Terciario del Pacífico (PTEC por sus siglas en inglés). Fue una iniciativa de jóvenes adventistas para convertir el campus universitario local en un campus de misión para el evangelismo.

El PTEC es más que un edificio: es un hogar espiritual para los jóvenes del Pacífico que estudian en Suva. Y su historia empezó con un sueño.

A principios de la década de 2000, nuestros grupos de culto estudiantiles tenían que trasladarse de un lugar a otro para reunirse cada fin de semana. Utilizábamos aulas universitarias o salones comunales, lo que encontráramos libre. Transportábamos pesados instrumentos musicales y sistemas de sonido en taxis, por lo que teníamos que pagar un suplemento por la carga. A veces, simplemente íbamos a pie. Para evitar que se mojaran con la lluvia, poníamos todos los materiales de las actividades bajo sombrillas o cobertores de plástico. “Cada sábado era una aventura”, como dijo una vez uno de nuestros miembros con una sonrisa. “Nunca sabíamos si podríamos reservar un salón o si tendríamos que mojarnos al llegar”.

Nos enfrentamos a muchos retos. Falta de espacio, horarios limitados y mal tiempo a menudo interrumpían nuestros programas. Anhelábamos un lugar que fuera nuestro, un sitio seguro y acogedor donde los jóvenes

estudiantes adventistas pudieran reunirse, crecer y adorar a Dios libremente.

Los dirigentes de la Iglesia vieron la necesidad y oraron para que Dios nos diera una solución. La visión fue clara: construir un centro evangelizador cerca de las universidades de Suva. Un lugar donde los estudiantes recibieran formación, capacitación y estímulo para convertirse en embajadores de Cristo dondequiera que los llevaran sus estudios.

No fue fácil, pero muchas manos y corazones lo hicieron posible. Cada uno desempeñó un papel, ya fuera a través del liderazgo, de palabras de ánimo o de donaciones económicas.

Entonces se produjo un gran avance: la ofrenda del decimotercer sábado del tercer trimestre de 2006. Los dirigentes de la Iglesia Adventista Mundial eligieron nuestro proyecto y los hermanos de todo el mundo ofrendaron generosamente. Aquella ofrenda sentó las bases de nuestro futuro. Con ella se adquirió el terreno de la calle Grantham, en Suva. Con el tiempo, se levantó la estructura: un nuevo hogar para el culto y el ministerio.

Hoy, el PTEC es una vibrante comunidad de fe. Somos conocidos por nuestro Ministerio Musical, con nuestro coro contemporáneo, que aporta alegría y espiritualidad a través de la música. Nuestro equipo IMPACT visita regularmente las comunidades locales para servir a la gente y compartir con la comunidad. La Asociación de Estudiantes Adventistas crea un espacio donde los alumnos pueden liderar y crecer en la fe. Pero más que los programas, son las personas quienes hacen del Centro Evangelizador

Cápsula informativa

- Un plato popular de Fiyi es la ensalada de pescado crudo conocida como *kokoda*. El pescado se “cocina” marinándolo en jugo de limón y lima.
- La bebida nacional de Fiyi se llama *kava* y se elabora con la raíz molida de la planta *kava*, de la familia de la pimienta.
- El rugby es el deporte más popular de Fiyi. Su selección nacional es una de las mejores del mundo y ganó la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Verano de 2016.

Terciario del Pacífico lo que es. Muchos han encontrado aquí su vocación; otros han forjado amistades para toda la vida; algunos, como Sandra Dausabea, de las Islas Salomón, dicen que les cambió la vida. “El punto culminante de mi vida espiritual tuvo lugar en la Iglesia PTEC, con la familia PTEC”, comentó Sandra.

Aquí, los alumnos reciben apoyo en su caminar espiritual. Aprenden a liderar, a servir y a compartir su fe con confianza. Se les asignan funciones y responsabilidades que los forman, no solo como miembros de iglesia, sino también como futuros líderes y dirigentes. Para nosotros, este edificio es mucho más que hormigón y madera: es un

testimonio vivo de fe, generosidad y unidad. Un recordatorio de que no estamos solos en esta misión.

Quiero dar las gracias a los adventistas de todo el mundo porque, con sus ofrendas, han hecho posible la creación de un lugar donde los jóvenes encuentran un propósito y una conexión. Han ayudado a construir algo más que una iglesia: han ayudado a construir un hogar.

Dios nos ha bendecido con diferentes dones, utilicémoslos con gratitud, humildad, bondad y corazón para la misión. Sí, puede haber momentos de tristeza o fracaso, pero que el hilo dorado del amor de Dios nos una a todos y que su luz siga brillando a través de las vidas que toquemos allá donde vayamos.

Relato narrado tal como se lo contó su protagonista, Alice Rore, a Maika Tuima.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado del tercer trimestre de 2006 ayudó a construir el Centro Evangelizador Terciario del Pacífico (PTEC por sus siglas en inglés). Gracias por sus generosas ofrendas de este trimestre, que ayudarán a apoyar proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.



De Fiyi a Indonesia

Todo empezó cuando sentí un fuego en el corazón, un llamado que no podía ignorar. En 2023, después de contar mi historia en un pódcast, me sentí en la cúspide de algo grande. Pocos meses después, me gradué de Teología, esperanzado y deseoso de servir allá donde Dios me enviara.

Mi primera solicitud fue a la Misión de Tonga, donde había una vacante de capellán. Cuando recibí una respuesta positiva dos semanas más tarde, hice las maletas lleno de emoción y oré, convencido de que aquel sería mi primer trabajo misionero oficial. Pero, así de rápido como se abrió la puerta, se cerró. La Misión reconsideró su decisión: ya no me necesitaban.

Solicité otros puestos de trabajo como misionero en otras organizaciones adventistas, pero no se dio ninguno y me desanimé. Me sentía invisible y olvidado. Pero, entonces, una palabra de sabiduría lo cambió todo. Uno de mis antiguos profesores, el Dr. Tabua Tuima, me miró a los ojos y me dijo:

—Empieza tu ministerio en Fiyi antes de salir al mundo.

Sus palabras se enraizaron en mí.

Poco después, mi camino se cruzó con el secretario ministerial de la Misión de Fiyi, que me animó a enviar una solicitud formal a la oficina de la Misión. Con un corazón humilde, envié un sencillo currículum, en el que expresaba mi deseo de servir entre hablantes nativos de fiyiano y de trabajar en el ámbito de la comunicación. A finales de marzo de 2024, Dios abrió una puerta que no esperaba: fui asignado a supervisar tres

iglesias en la ciudad. No tenía posición oficial ni salario, solo un llamado, un corazón dispuesto y una misión.

Desde el día uno me enfrenté a grandes dificultades. La barrera del idioma fue una montaña que tuve que escalar. Tuve que aprender rápidamente a predicar, a orar y a ministrar con fluidez en fiyiano. Un día, la esposa de un anciano de iglesia me dijo:

—A algunos de nuestros miembros no les gusta nuestro nuevo pastor porque predica en inglés.

Otros se preguntaban por qué la Misión había enviado a alguien tan joven. Yo tenía apenas 22 años. Esas palabras me calaron muy hondo, pero no dejé que me definieran. Me quedé. Oré. Persistí.

Tenía un horario de trabajo muy intenso. Los sábados eran un maratón: Escuela Sabática en una iglesia, servicio de culto en otra y actividades de jóvenes en una tercera. Los días entre semana estaban repletos de reuniones de oración, programas para jóvenes y Grupos pequeños. Pero algo hermoso sucedió en medio de tanto ajetreo: empecé a entender a mi gente. Su idioma se convirtió en mi idioma; su confianza se convirtió en mi recompensa.

En mayo se abrió un nuevo capítulo. Me invitaron a presentar el programa de radio de nuestra Iglesia en Hope FM Fiyi titulado *Coast to Coast Breakfast Show* [Desayuno de costa a costa]. Al principio, lo hice fatal: no me fluían las palabras, no sabía usar bien el equipo y me sentía agotado del ministerio hasta altas horas de la noche. Nos llegaban comentarios negativos a través de mensajes

de texto y correos electrónicos. Pero no renuncié. Estudié. Escuché. Crecí. Poco a poco, mi voz se hizo familiar, no solo en Fiyi, sino en todo el mundo.

Presentaba testimonios, hablaba de las creencias de la Iglesia, explicaba pasajes de las Escrituras y animaba a los oyentes. Fuera de antena, me enfrentaba a una tormenta personal. No tenía ingresos y, sin embargo, llevaba la carga económica de ayudar a otras personas porque apoyé la educación de mi hermana de 16 años y ofrecí la misma oportunidad a mi prima, que había abandonado los estudios a causa de varias dificultades. Prometí cubrir sus gastos durante tres trimestres, confiando en que Dios proveería. Fue difícil, pero nunca pasé hambre. El primer anciano me levantaba el ánimo y, a veces, me daba algún regalo.

Ni siquiera mi único día libre, el lunes, era mío. Lo pasaba como voluntario en una residencia de ancianos, orando para que Dios me enseñara humildad. Y lo hizo, a través de las manos arrugadas y los ojos sabios de aquellos a quienes servía.

Más adelante, me anoté en un curso de Lenguaje de Signos, al que asistí dos veces por semana durante seis meses. Me gradué en noviembre de 2024, el mismo mes que terminé de pagar los estudios de las dos niñas. Un verdadero milagro.

Yo iré

La iniciativa “Yo iré” es una estrategia misionera que promueve la implicación de todos los miembros de la iglesia en la predicación del evangelio. Es un llamamiento para que todo adventista se implique activamente en alcanzar el mundo para Jesús utilizando los dones espirituales que Dios le ha dado para dar testimonio y servir.

Hoy estoy en Indonesia, lejos de casa, pero exactamente donde Dios me quiere. Enseño inglés en una academia y soy mentor de los estudiantes para ayudarlos a desarrollar un carácter semejante al de Cristo en un lugar donde hablar de Jesús públicamente no es bien recibido.

No me resulta fácil. Me siento solo. No hay ninguna iglesia a la vista. Pero cada día me acuerdo de que este es el campo de misión. Me aferro a la verdad de que Jesús es mi compañero constante, mi mejor amigo. Es un honor para mí formar parte de la iniciativa “Yo iré”:

- *Yo iré a mi familia.* Dios respondió mis oraciones y libró a mi madre de la adicción.
- *Yo iré a mi prójimo.* Ayudé a mi prima a volver a la escuela.
- *Yo iré a mi lugar de trabajo.* Ofrecí mi voz y mi tiempo para servir a través de los medios de comunicación y la escritura.
- *Yo iré hasta los confines de la tierra.* Ahora sirvo en un lugar donde no puedo decir el nombre de Dios libremente, pero puedo vivir con valentía.

Este es mi camino de fe, servicio y entrega. De Fiyi a Indonesia, Dios me ha guiado a cada paso.

Relato narrado tal como se lo contó su protagonista, Alice Rore, a Maika Tuima.

Parte de las ofrendas del decimotercer sábado de años anteriores ayudó a sostener los ministerios de televisión Hope Channel y Radio Hope FM en el sur del Pacífico. Gracias por sus ofrendas de este trimestre, que ayudarán a proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu.



Esperanza recuperada

En el corazón de Suva, la capital de Fiyi, la Clínica de la Esperanza es un símbolo de transformación. Fundada con la ayuda de una ofrenda de decimotercer sábado, la clínica ofrece más que servicios médicos. Para muchas personas, es un lugar donde cuerpos enfermos y corazones agotados encuentran restauración. Una de esas personas que encontraron restauración en la Clínica de la Esperanza es Mereseini, una mujer de cincuenta y tres años.

Durante años, Mereseini sufrió hipertensión. Consultó con varios médicos, tomaba sus medicamentos fielmente y seguía las indicaciones que le habían dado los facultativos, pero no mejoró. Estaba siempre agotada y sin fuerzas. "Me sentía como estancada", recuerda. "Nada me ayudaba a estar mejor".

Un día, impulsada por la curiosidad y la esperanza de mejorar, Mereseini entró por las puertas de la Clínica de la Esperanza. "No sabía qué esperar", comenta. "Solo quería sentirme mejor".

Una vez en la clínica, conoció al personal, que no se limitaba a tratar síntomas, sino que además escuchaban, daban palabras de ánimo y educaban para la salud. Entre los empleados de la clínica estaba el Dr. Akuila, cuya serena confianza le infundió valor. Le explicó cómo unos sencillos cambios en su estilo de vida podrían ayudar a su cuerpo a sanar.

—Nada de sal, nada de carne, nada de comida procesada —le dijo—. Come lo que crece de la tierra. Tu cuerpo puede recuperarse, pero necesita tu ayuda.

Mereseini asintió, asimilando cada palabra. Parecía duro llevarlo a la práctica, pero algo

en su interior hizo clic. Se sintió vista y tuvo esperanza. Volvió a su casa decidida a intentarlo y, nada más llegar, vació la despensa. Primero se deshizo de la sal; luego, fuera la carne, el arroz blanco, la mandioca y el taro. En su lugar, llenó la despensa de verduras de hoja verde, batatas y plátanos. Y entonces llegó el verdadero reto. El Dr. Akuila le había sugerido hacer un ayuno de diez días solo bebiendo agua con limón.* Muchas personas dudarían si llevarlo a cabo o no, pero Mereseini se miró al espejo y se dijo en voz alta: "Voy a hacerlo. No por nadie más, sino por mí". Comenzó el ayuno sin decirle nada a nadie, sin fanfarrias ni quejas. A la hora de comer, simplemente se escabullía a su habitación mientras sus hijos se sentaban a la mesa. "Preparaba la comida como de costumbre, pero oraba cuando llegaba la hora de comer para que Dios me ayudara".

Pasaron los días y sus hijos se dieron cuenta de lo que estaba haciendo su madre.

—Mamá, estás perdiendo demasiado peso —le dijo uno de ellos con preocupación en la voz—. Tienes que comer.

—Lo haré —le respondió ella suavemente—, pero todavía no. Pronto.

Mereseini se sentía más fuerte de lo que se había sentido en meses, así que siguió adelante con el ayuno hasta completar los diez días. "No tenía hambre", recuerda. "No me sentía débil. Limpiaba la casa, daba paseos y oraba. Sentía como si Dios me llevara en sus brazos. Anteriormente yo había hecho ayunos de un día y solía contar las horas hasta que podía volver a comer", dice, riéndose, "pero esta vez fue diferente. Esta vez, tenía un propósito".

Cápsula informativa

- Las caminatas de pies descalzos sobre brasas encendidas son una actividad popular en Fiyi. Fueron introducidas hace unos quinientos años por la tribu sawau. Los turistas que visitan el país pueden presenciarlas en los hoteles.
- El canibalismo formaba parte de la cultura fiyiana hasta que el cristianismo llegó a las islas. Las últimas víctimas conocidas de canibalismo en Fiyi fueron Thomas Baker, pastor metodista, y sus siete seguidores fiyanos, en el año 1867. Se dice que Thomas Baker fue asesinado por haber tocado la cabeza de un jefe tribal, lo que es una falta de respeto en la cultura fiyiana.

El último día de ayuno, Mereseini regresó a la Clínica de la Esperanza. Los enfermeros la miraron, sorprendidos. Ella sonrió y esperó que le informaran de los resultados. El peso, el pulso y la presión arterial tenían valores normales.

—No he tomado la medicación ni una sola vez durante el ayuno —les dijo—, y no la he necesitado desde entonces.

Mereseini ya no necesita tomar su medicación. Su dieta es ahora una decisión consciente: nada de sal, nada de carne ni de alimentos procesados. Come verduras, hortalizas y fruta mayormente. El cambio se ha notado en todos los aspectos de su vida. “Regresé a la iglesia”, dice. “Recojo a

mis nietos de la escuela, camino sin sentirme cansada... ¡Vuelvo a vivir!” Habla con serena confianza, no solo de su propia sanación, sino también de las lecciones que ha aprendido. “Tenemos que elegir sabiamente lo que comemos. Dios nos dio la comida para que estemos sanos, no para que nos hagamos daño a nosotros mismos. Yo no soy quién para decirle a nadie lo que tiene que hacer, pero mi experiencia es muy clara. He visto lo que ocurre cuando confiamos en Dios y cuidamos nuestro cuerpo”.

La Clínica de la Esperanza dio a Mereseini algo más que información: le dio un nuevo estilo de vida. Y ese es un camino que recorre felizmente cada día. Su historia nos recuerda que la verdadera sanación suele empezar cuando estamos dispuestos a escuchar, creer y cambiar.

“La esperanza es algo muy real”, dice. “Y yo la encontré cuando atravesé esa puerta”.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado del segundo trimestre de 2016 ayudó a construir la Clínica de la Esperanza en Fiyi, donde fue atendida Mereseini. Gracias por sus generosas ofrendas de este trimestre, que ayudarán a proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.

* Nota del editor. El ayuno prolongado no debe intentarse sin consultar previamente a un médico.



Llevar el evangelio a la selva

En el exuberante y agreste interior de Papúa Nueva Guinea, un joven Andrew escuchó un llamado que cambiaría su vida para siempre.

Nacido en el seno de una familia cristiana, Andrew creció escuchando historias del amor de Dios, pero todo cambió el día que el pastor Tom Carawah llegó a su pueblo. Con mensajes conmovedores sobre el regreso de Jesús y la verdad del sábado, el pastor despertó la curiosidad de Andrew, que asistió a todas las reuniones hambriento por comprender mejor la Biblia y al Dios que llama a personas comunes a hacer cosas fuera de lo común.

Al poco tiempo, Andrew estaba participando activamente en la comunidad adventista local. Durante dos años, estudió las Escrituras con pasión. Su corazón ardía en deseos de hacer algo más que creer: quería liderar, predicar y servir. Y entonces, Dios abrió una puerta. El director de distrito de las iglesias adventistas locales reconoció el potencial de Andrew y le ofreció enviarlo a un curso de formación para laicos. Si aceptaba, podría ministrar voluntariamente en una región remota del país. Andrew aceptó e inició así una vida de retos, fe y milagros.

La misión de Andrew lo llevó a adentrarse en la selva. Algunos poblados estaban tan alejados que le llevaba tres días llegar caminando, cruzando ríos y durmiendo a la intemperie. Lograba llegar porque lo impulsaba una misión: compartir las buenas nuevas de Jesús. Pero las dificultades no eran solo físicas. "A veces pasaba días enteros con los habitantes de esos poblados, orando y enseñando", cuenta Andrew. "Algunos aceptaban el mensaje, otros lo rechazaban.

Aprendí a seguir adelante sin rendirme nunca".

La oposición espiritual era muy real. Algunas comunidades desconfiaban de los adventistas y Andrew, a veces, se enfrentaba a palabras duras y recibimientos fríos. Pero siguió adelante, reconfortado por las vidas que sí estaban cambiando. Vio cómo sanaban enfermos, se abrían los corazones y la verdad echaba raíces en los lugares más insospechados.

La vida como misionero en la selva no solo era dura, sino a menudo desgarradora. Había días en que Andrew y su esposa no tenían comida, dinero ni ayuda. Hubo toda una semana en que no comieron ni una sola vez. En esa situación recurrieron a la única fuente de fortaleza que les quedaba: adorar a Dios. En la casa de la misión, empezaron a cantar y, en medio del canto, apareció un extraño. "Nos pidió que miráramos afuera", recuerda Andrew. "No encontramos comida, pero sí dinero. Dios nos había enviado provisiones". Momentos como ese se convirtieron en los pilares de la fe de Andrew.

En 2012, Dios abrió otra puerta. Gracias al patrocinio de un piloto adventista australiano, Andrew se matriculó en el Seminario Adventista de Omaura. Recuerda que, entonces, la institución era mucho más pequeña de lo que es hoy, pero, al igual que hoy, cumplía una función importante. Andrew se formó allí durante un año, aprendiendo a enseñar las verdades bíblicas así como habilidades prácticas, antes de ser asignado a servir en una iglesia de más de doscientos miembros. En apenas un año, sus esfuerzos se tradujeron en ciento veinte bautismos y en la construcción de una nueva

Cápsula informativa

- El mensaje adventista llegó a Nueva Guinea en 1902, cuando Edward Gates navegó hasta los puertos de la Nueva Guinea alemana, donde distribuyó literatura y recopiló información sobre los pueblos indígenas. Griffiths Jones hizo un viaje similar en 1904 y George Irwin, en 1905.
- John Fulton, presidente de la Unión Australasiana, hizo una parada de un día en Port Moresby el 11 de julio de 1910 para organizar la primera iglesia adventista de Papúa.
- El primer apoyo financiero para el nuevo campo misionero de Papúa Nueva Guinea provino de la ofrenda de Escuela Sabática del tercer trimestre de 1906.

iglesia. Sin embargo, el momento más inolvidable para Andrew se produjo durante la campaña nacional de evangelismo "Papúa Nueva Guinea para Cristo", en la que participó el entonces presidente de la Asociación General, Ted Wilson. En un remoto poblado

de la selva, Andrew ayudó humildemente a bautizar a 874 nuevos miembros en la familia de Dios.

Esta experiencia, que cambió su vida, profundizó la vocación de Andrew. Unos meses más tarde, Dios le brindó otra oportunidad para desarrollar su liderazgo espiritual. La Iglesia Adventista de Papúa Nueva Guinea cubrió los gastos para que Andrew regresara al Seminario Adventista de Omaura para seguir formándose. Está preparándose para la misión que lo aguarde, ya sea en la selva o en una ciudad. "He preparado mi corazón para ir donde Dios me envíe", afirma Andrew. "Dondequiera que uno vaya a realizar la obra de Dios, siempre hay una bendición".

Su ofrenda de este trimestre ayudará al Seminario Adventista de Omaura a equipar a hombres y mujeres para compartir las buenas nuevas de salvación en Papúa Nueva Guinea. Gracias por su generosidad.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.



Predicadores de la calle

Peter se preguntaba a menudo cuál era el plan de Dios para su vida. De niño, sus padres, ambos maestros de primaria, le enseñaron acerca de Dios y también a orar. De adolescente, sin embargo, sus amigos lo influyeron de tal manera que hizo cosas que lo alejaron de Dios.

Más adelante, cuando ya era adulto y vivía solo en la costa, Peter empezó a preguntarle a Dios por qué lo había llevado hasta allí. Durante siete meses, oró repetidamente: “¿Cuál es tu plan para mi vida?”

Un viernes, decidió ayunar y orar al respecto. En lugar de depender de la comida ese día, se centró por completo en buscar a Dios, porque anhelaba una respuesta clara. Hacia el atardecer, vio a tres jóvenes caminando por la calle y sintió que una suave voz le susurraba a su corazón instándolo a acercarse a ellos. Obedeció y se presentó. “Somos predicadores de la calle”, le respondió uno de los hombres. Se presentaron como Thomas, George y Junior, evangelistas que se sentían impulsados a compartir el evangelio en las ciudades costeras. Peter los veía predicar a diario en la calle, en el mercado y dondequiera que encontraran público.

El sábado por la noche, Peter volvió a pedirle a Dios que le revelara su plan para él. Luego se quedó dormido con la Biblia en el pecho y soñó que un ángel lo tomaba de la mano y abría el libro por Mateo 10. Cuando se despertó, Peter buscó Mateo 10 y leyó las cosas asombrosas que Jesús hizo a través de sus discípulos una vez que decidieron seguirlo. Lo leyó una y otra vez. Entonces oyó la misma voz serena y suave que le decía: “Este es mi plan para ti”. Incrédulo, cayó de

rodillas y preguntó: “¿Quién soy yo, Señor, para que me llames?”

Entonces dio gracias al Señor por haberle mostrado una respuesta clara. Al igual que los discípulos en Mateo 10, Peter sabía que estaba siendo llamado a seguir a Jesús y a predicar de lugar en lugar como evangelista de la calle.

Poco después, Peter se bautizó y apoyó a los tres predicadores en su misión. Comenzó a viajar con ellos, les llevaba el equipaje y predicaba a su lado en las calles. Un año después, asistió a un curso de formación de dos meses, durante el cual aprendió a enseñar las creencias de la Iglesia Adventista como laico en la Misión del Sudoeste de Papúa.

Uno de sus primeros encargos lo llevó a un remoto poblado de la selva, al que tardó tres días en llegar a pie. Caminó bajo una lluvia torrencial, durmió a la intemperie y sobrevivió a base de galletas. En medio de la selva, llegó a una pequeña iglesia adventista. Una mujer de mediana edad que atendía a la congregación le dijo que la iglesia llevaba 25 años funcionando, pero no tenían pastor. Hacía tiempo que oraban para que Dios les enviara uno. La mujer le preguntó si él los podía ayudar con esa necesidad. Peter aceptó y sirvió como líder voluntario de la iglesia durante un año. Mientras ministraba allí, seguía orando sobre el siguiente paso del plan de Dios para su vida y tuvo la impresión de que había llegado el momento de estudiar Teología.

Un viernes por la noche, al regresar a casa, Peter vio que un miembro de la iglesia estaba esperándolo. Cuando se encontraron, el hombre le entregó un recibo que demos-

Cápsula informativa

- Papúa Nueva Guinea es un país de Oceanía formado por la isla principal de Nueva Guinea, cuatro islas grandes y unas mil islas pequeñas.
- Las lenguas oficiales de Papúa Nueva Guinea son el tok pisin, el hiri motu, el inglés y el lenguaje de señas.
- El pico más alto del país es el monte Wilhelm, con una altitud de 4.509 metros. Debido a su gran altitud, muchas de las zonas altas de esta isla tropical registran nevadas.
- Papúa Nueva Guinea es uno de los países menos urbanizados del mundo. Solo el 14 % de su población vive en ciudades.
- Papúa Nueva Guinea es uno de los países con mayor megadiversidad del mundo, lo que significa que muchos animales y plantas solo se encuentran allí. Los científicos siguen descubriendo nuevas especies en regiones remotas del país.

traba que alguien había pagado su matrícula para que estudiara en el Seminario Adventista de Omaura.

En Omaura, Peter está aprendiendo cómo ayudar a las iglesias a crecer física, mental y espiritualmente. Está deseando utilizar la jardinería y la carpintería para enseñar a los miembros de iglesia a mantenerse a sí mismos y a mantener a las viudas y a los huérfanos. Las clases de hebreo le resultan difíciles, pero cree que, con la ayuda de Dios, tendrá éxito en sus estudios. "Con Dios", dice, "todo es posible". Aunque no está seguro de cuál será su próximo paso, Peter se compromete a seguir a Aquel que lo ha llevado al Seminario de Omaura. "Siempre obedeceré lo que su voz me indique".

Sus ofrendas de decimotercer sábado de este trimestre ayudarán al Seminario Adventista de Omaura a formar a hombres y mujeres para compartir las buenas nuevas de salvación en Papúa Nueva Guinea. Gracias por su generosidad.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.



Programa del decimotercer sábado

El hombre con una sola pierna

Sam vivía en un barrio de Papúa Nueva Guinea donde las drogas, la extorsión, la prostitución y los robos eran habituales. Así que, a una edad temprana, empezó a beber alcohol, a consumir drogas y a pasar la mayor parte del tiempo en la calle.

A los quince años se unió a una banda y, desde entonces, empezó a robar y a hurtar para vender. Todas las cosas malas que hacía le traían muchos problemas no solo a él mismo, sino también a su familia. Su esposa y otros familiares intentaban que fuera a la iglesia, pero a él no le interesaba.

El 19 de mayo de 1995 un policía, intentando poner fin a sus actividades delictivas, le disparó en la pierna derecha. Como resultado, Sam tuvo que sufrir la amputación de esa pierna y se dio cuenta de que, de haber muerto, no habría estado preparado para encontrarse con su Creador. Decidió cambiar. Sin embargo, poco después, pasó una semana con jóvenes en una casa, bebiendo alcohol y fumando drogas. A eso de las 3 de la madrugada, estando borracho, escuchaba música pop con sus auriculares cuando, en la lista de reproducción, empezó a sonar la canción de Carrie Underwood “Jesus Take the Wheel” [Jesús, toma el volante]. La letra lo conmovió y, con lágrimas en los ojos, se fue de allí. Aquel canto siguió resonando en sus oídos y lo llevó a convertirse, aunque no se lo dijo a nadie.

El viernes siguiente, una voz le dijo: “Ve mañana a la iglesia”. El sábado se levantó temprano y, para que su esposa no supiera adónde iba, se vistió con la ropa habitual. Antes de llegar a la iglesia se puso ropa de

sábado. Ese sábado fue el 25 de noviembre de 2013. Cuando su esposa se enteró de que había aceptado a Jesús, de que empezaba a ir a la iglesia y a cambiar su forma de ser, se puso muy contenta.

Sam fue bautizado el 19 de abril de 2014 y pasó a ser miembro de la iglesia adventista de Popondetta. Luego se convirtió en misionero y, en 2024, fue puesto a cargo de una iglesia recién organizada en Popondetta que estaba coordinando la plantación de otras siete iglesias. En 2025 empezó a estudiar en el Seminario Adventista de Omaura para prepararse para continuar su ministerio. Sam dice sentirse “muy agradecido por estar vivo y en libertad”. Muchos de sus antiguos amigos han muerto y otros cumplen largas condenas en prisión. La buena noticia es que, gracias a su testimonio, muchos de sus antiguos amigos también han aceptado a Jesús, han cambiado su estilo de vida y se han unido a la Iglesia Adventista.

Sam es un cristiano muy respetado; incluso los miembros de las bandas que no han aceptado a Jesús lo respetan. Su palabra tiene mucho peso. Así que era lógico que fuera nombrado jefe de seguridad de las reuniones de evangelización “Papúa Nueva Guinea para Cristo” llevadas a cabo en Popondetta. Aparte de algunos disparos de fondo que se produjeron una noche, no hubo ningún problema. Cuando se hizo el llamado a aceptar a Cristo como Salvador, se oyó a un miembro de la banda decir a sus compañeros: “No sé lo que ustedes van a hacer, pero yo acepto a Cristo”. Los demás respondieron: “Vamos contigo”.

En la última noche de la campaña, el pastor Don Fehlberg conoció a un hombre llamado

Ronnie, que le dijo que se había bautizado durante las reuniones. Le contó que había tenido una vida bastante dura y luego, señalando a Sam, le dijo: "Yo estaba con él". El pastor Fehlberg, que ya conocía la historia de Sam, le dijo que lo entendía. Ahora, Sam y Ronnie se han unido y trabajan para ganar almas para Jesús. Son un poderoso equipo bajo la bendición del Espíritu Santo.

"Al mirar atrás, me siento muy agradecido a mis familiares adventistas", dice Sam, "porque estuvieron dispuestos a ser diferentes, a vivir según los principios bíblicos. He llegado a respetarlos más de lo que respeté a ningún miembro de mi antigua banda. Por encima de todo, doy gracias a Dios por haberme enseñado la mejor manera de vivir".

Dios no solo ha ayudado a Sam a cambiar sus caminos y a vivir una vida que glorifica

a Jesús, sino también lo está usando de una manera poderosa para llevar almas a Cristo. ¡Él tenía 95 personas preparadas para el bautismo durante la campaña! Sam concluye: "Que mi historia sirva para ayudar a entender a quienes son como era yo antes que no importa lo malo que seas, Dios te ama y se preocupa por ti".

La versión original de este artículo de Don Fehlberg se publicó en el número del 28 de marzo de 2025 de Adventist Record, la revista oficial de noticias de la Iglesia Adventista en el sur del Pacífico. Adaptado con permiso.

Su generosa ofrenda de este trimestre ayudará al Seminario Adventista de Omaura a equipar a hombres y mujeres para compartir las buenas nuevas de salvación en Papúa Nueva Guinea. Gracias por su generosidad.

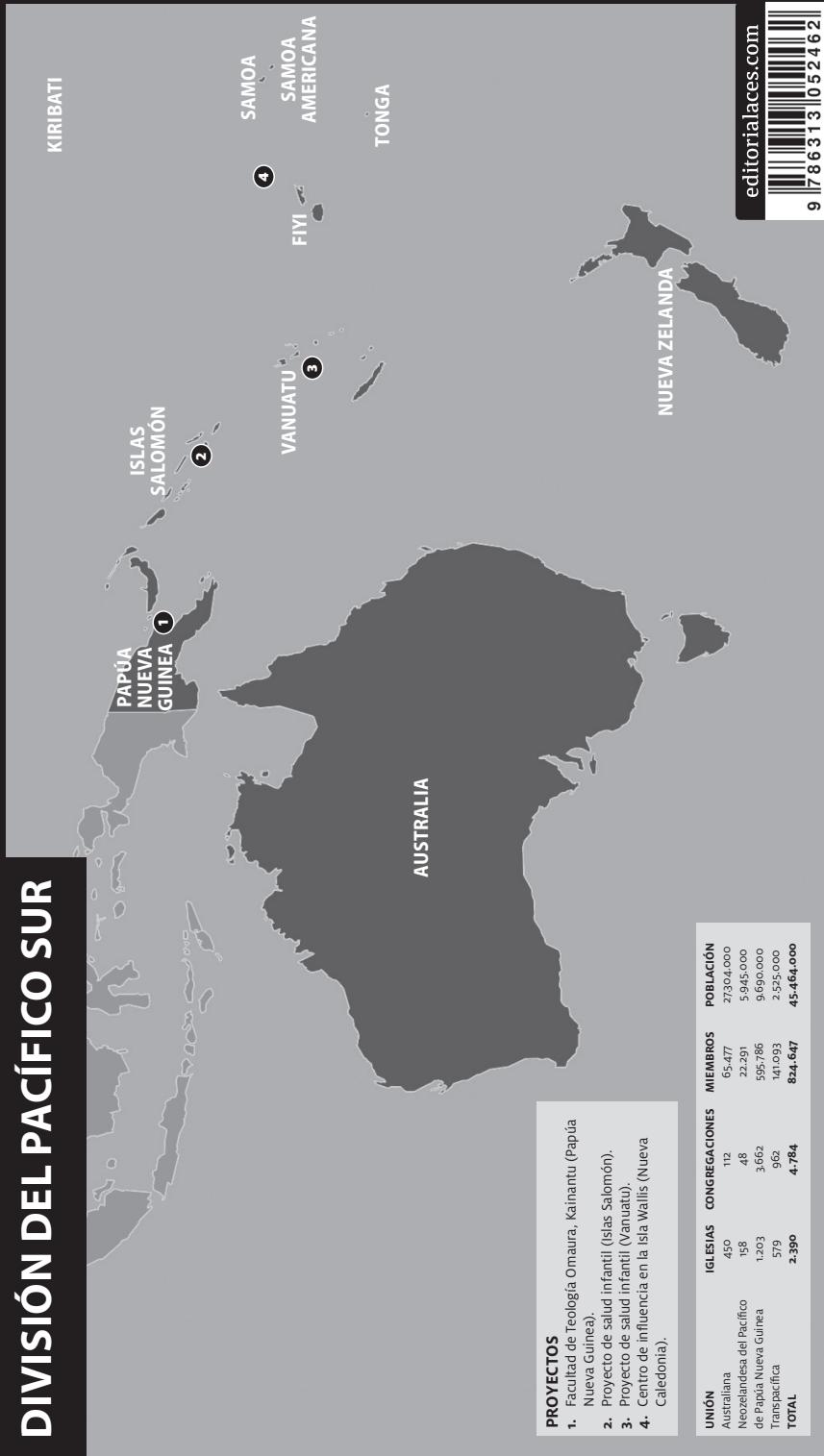
Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.

Proyectos futuros del decimotercer sábado

El próximo trimestre hablaremos de la División Africana Centro-Oriental. Entre sus proyectos están:

- Un megacentro de medios de comunicación de Hope Channel y Radio Mundial Adventista, con un centro de evangelización a través de las redes sociales y un centro de llamadas. Kinshasa, República Democrática del Congo.
- Una escuela de Enfermería en la Universidad Adventista de Lukanga. Lubero, República Democrática del Congo.
- Un dispensario en Buganda, Burundi.
- Una escuela de Enfermería en Ongata Rongai, Kenia.
- Un dispensario adventista en Zanzíbar, Tanzania.

DIVISIÓN DEL PACÍFICO SUR



PROYECTOS

1. Facultad de Teología Omauru, Kairanau (Papúa Nueva Guinea).
2. Proyecto de salud infantil (Islas Salomón).
3. Proyecto de salud infantil (Vanuatu).
4. Centro de influencia en la Isla Wallis (Nueva Caledonia).

UNIÓN	IGLESIAS	CONGREGACIONES	MIEMBROS	POBLACIÓN
Australiana	450	112	65.477	27304.000
Neozelandesa del Pacífico	158	48	22.291	5.945.000
de Papúa Nueva Guinea	1.203	3.652	595.786	9.690.000
Transpacífica	579	962	141.093	2.525.000
TOTAL	2.390	4.784	824.647	45.464.000

editoriallaces.com



9

786313052462